

¿Qué profesor para qué alumno en qué sociedad?

No es la escuela una torre de marfil en medio de la sociedad. No son los profesores unos profesionales por cuenta propia. Escuela y profesorado sirven a una política educativa. Y ésta, a su vez, intenta dar una respuesta lo más coherente posible a los requerimientos de todo tipo que le plantea la sociedad. Una sociedad, a comienzos del s. XXI, en cambio, y cambio acelerado.

La escuela no puede ser ajena a la sociedad. La escuela de hoy ya no puede ser, sólo, un templo virginal de transmisión enciclopédica de saberes. El profesor de hoy no puede considerar a los alumnos que llegan a la escuela como tablas mentales rasas. Los alumnos no pueden dejar, a la puerta de la escuela, la confusión y las contradicciones que viven en sus familias, en sus grupos de amigos, en las visiones del mundo y de la vida que les llegan, por ósmosis, en la calle, en los medios...

La escuela y el profesor de hoy (s. XXI) deben "decirles" (ofrecerles) algo (competencias intelectuales, sociales, éticas, comunicativas) con lo que puedan afrontar libremente la complejidad confusa y contradictoria de esa sociedad que hace más ricos a los ricos y más pobres a los pobres; que sobrevalora la individualidad y, a la vez, iguala las formas de comer, de vestir, de desear,... de vivir; que adora la tecnología y, al mismo tiempo, la desprecia en nombre de no se sabe qué humanismo ignorante; que quiere "globalizar" todo lo exterior a ella, a cualquier precio, y, simultáneamente, establece todo tipo de aduanas interiores (políticas, económicas, ...); que predica la ciudadanía mundial y que se balcaniza en su terruño, en su raza, en su religión...; que pasa todo por la lupa de la racionalidad (sólo lo racional existe) y, simultáneamente, engendra violencia, terrorismo, drogas y otras irracionalidades sin cuento; que ignora el hecho religioso, la necesidad humana de trascendencia y las sustituye por sectas, magos, brujas, brujos y otras encarnaciones oscurantistas.

En esta sociedad y en esta escuela, ya no basta el profesor instructor, ni el transmisor enciclopedista, protagonista del proceso de enseñanza-aprendizaje. Esta sociedad, esta escuela y los alumnos que vienen a ella necesitan a alguien "creador de comunidad" en el grupo al que imparte sus clases; un "humano cercano", con sus debilidades y fortalezas, sus equivocaciones y correcciones,... y no un ente que llega a clase, pone orden, explica el tema y se marcha; un "puente cultural" entre los saberes, los conocimientos y la sociedad y el presente de sus alumnos; una "autoridad" que garantiza la convivencia, el respeto a los demás, el cumplimiento de una normas claras y previamente concertadas; un "ciudadano", comprometido en la mejora de la sociedad, a través de una asociación humanitaria, una organización de voluntariado...; un "gestor democrático" de la vida del aula, que busca y negocia con los alumnos la mayor participación en ella.

Esta persona es el profesor que, en su aula, no basa su pedagogía en la enseñanza sino en el aprendizaje, implica a sus alumnos en él proponiéndoles actividades que respetan los distintos estilos de aprender, su diversidad; que participa en la gestión del proyecto educativo del centro y que trabaja en equipo con sus compañeros consciente de que sólo así es viable ese proyecto; que se comunica con los padres y que sabe que tiene que seguir aprendiendo, formándose a lo largo de toda la vida. ■